Capítulo 6. Trayectorias educativas: éxito, fracaso y abandono

Los números son fríos. Pero detrás de cada porcentaje de abandono hay un chico o una chica que tomó —o fue empujado a tomar— una decisión que marcará el resto de su vida.

La brecha en el abandono educativo temprano: los datos

El abandono educativo temprano (AET) mide el porcentaje de jóvenes de 18 a 24 años que no han completado la segunda etapa de la educación secundaria y no siguen ningún estudio o formación. Los datos del Instituto Nacional de Estadística (INE, 2024) muestran, para 2024, una brecha muy marcada: la tasa global se situó en el 13,0% —entonces mínimo histórico—, con un 10,4% para la población de nacionalidad española, en torno al 21% para la extranjera comunitaria y aproximadamente un 32% para la extranjera no comunitaria. Tres veces más que la población española para los jóvenes de origen extranjero no comunitario. Hay también brechas de participación en etapas avanzadas: el informe OBERAXE (2022) señala una brecha en tasa bruta de escolarización en etapas no obligatorias de aproximadamente 49% en estudiantes extranjeros frente al 73% en españoles, «sobre todo en las etapas más avanzadas».

La evidencia internacional ayuda a interpretar: la política educativa puede reducir la brecha con apoyo lingüístico integrado, prevención de segregación, recursos y orientación a familias (OCDE, 2023a). Estas cifras son difíciles de interpretar si se aíslan del contexto lingüístico y socioeconómico: describen trayectorias con más riesgo de desconexión escolar y dificultad de transición a etapas postobligatorias, lo que refuerza la necesidad de intervenir antes, durante la ESO y en los puentes hacia bachillerato y FP.

El dato global volvió a descender en 2025 hasta el 12,8%, nuevo mínimo histórico, pero ese avance no elimina las brechas. La desagregación por nacionalidad citada para 2024 debe leerse con cautela: no mide origen migrante, no distingue edad de llegada y agrupa trayectorias muy distintas. Aun así, muestra que el riesgo se distribuye de manera desigual. El objetivo no es utilizar la nacionalidad como explicación, sino localizar momentos en los que el sistema pierde alumnos que podrían continuar.

El abandono rara vez nace de un único acontecimiento. Suele formarse por acumulación: incorporación tardía, dificultad lingüística no acompañada, repetición, absentismo intermitente, expectativas decrecientes y una transición postobligatoria que la familia conoce poco. En ese proceso hay señales tempranas. La asistencia irregular, el descenso de participación, la evitación de tareas o una orientación apresurada hacia el abandono no deberían leerse aisladamente. Un sistema preventivo comparte información entre tutoría, orientación y familia y actúa antes de que la salida parezca irreversible.

Las transiciones concentran riesgo y oportunidad. El paso de primaria a secundaria cambia los códigos, multiplica docentes y eleva la exigencia lingüística; el final de la ESO obliga a elegir entre bachillerato, formación profesional u otras rutas. El alumnado llegado recientemente necesita información comprensible sobre requisitos, becas, plazos y consecuencias. La orientación no puede limitarse a sugerir el itinerario que parece más accesible en ese momento: debe presentar opciones reales, reconocer aspiraciones y acompañar decisiones revisables.

La formación profesional desempeña aquí un papel importante, pero no debe convertirse en vía automática para quien aún está aprendiendo la lengua. Elegir FP puede ser una decisión excelente; ser derivado a ella por bajas expectativas es otra cosa. La justicia educativa exige apoyos que permitan una elección fundada. Del mismo modo, bachillerato no puede reservarse de hecho a quienes ya dominan los códigos escolares familiares. Las expectativas altas son creíbles solo cuando se sostienen con becas, refuerzo, tutoría y puentes académicos.

La repetición como mecanismo de exclusión

España tiene una de las tasas de repetición más altas de Europa. El alumnado de origen migrante repite más que el autóctono. La repetición y el fracaso escolar no son solo resultados: son mecanismos que reordenan expectativas y trayectorias. La evidencia comparada sugiere que parte de la desigualdad se expresa en decisiones de curso, promoción y orientación, especialmente cuando se confunde «bajo rendimiento» con «baja capacidad» o cuando se penaliza el aprendizaje lingüístico en lugar de apoyarlo (Cobreros & Gortazar, 2023). La alternativa no es la promoción automática: es el apoyo intensivo antes de que se llegue al fracaso, el refuerzo en los momentos de transición y la evaluación formativa que detecte las dificultades antes de que se conviertan en suspensos irreversibles.

Las expectativas como variable invisible

Hay una variable que no aparece en las estadísticas pero sí en todas las investigaciones cualitativas: las expectativas del profesorado. No las explícitas, sino las implícitas: las que se transmiten en el tono de la corrección, en la asignación de tareas, en la orientación hacia FP o hacia bachillerato. Desde el MPC, sostener altas expectativas mientras se proporcionan apoyos reales es una condición ética, no solo pedagógica: recibir al educando migrante en su singularidad y vulnerabilidad significa sostener altas expectativas, acompañar con andamiaje real y evaluar desde la lógica del crecimiento, no de la sanción (Arboleda, 2026). Las estrategias de prevención del fracaso escolar deberían priorizar: apoyo lingüístico-académico temprano, refuerzo en transiciones, tutoría individualizada, y rutas de FP/bachillerato con acompañamiento de orientación y mediación con familias.

Conviene convertir esa variable invisible en materia de deliberación profesional. Comparar recomendaciones de orientación, decisiones de repetición o acceso a programas por perfil de alumnado

puede revelar patrones que ningún docente percibe individualmente. No se trata de presumir prejuicio, sino de aceptar que el juicio educativo se realiza bajo presión, con información incompleta y categorías heredadas. La revisión colegiada, los criterios explícitos y la voz del estudiante protegen tanto la equidad como la calidad de la decisión.